



Hernán Rivera Letelier

El arte de la resurrección

N. S. J. no necesita presentación
es conocido en el mundo entero
baste recordar su gloriosa muerte en la cruz
seguida de una resurrección no menos espectacular
un aplauso para N. S. J.

NICANOR PARRA
Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui

Carta pastoral escrita por el obispo de La Serena,
monseñor José María Caro,
25 de febrero de 1931

Queridos hijos del Señor:

Lo que ha estado pasando entre vosotros ha llenado de amargura el alma de vuestro obispo.

Se ha presentado entre vosotros un pobre iluso de los que hay muchos en el manicomio, y al cual los fieles, que lo son todos para ir a la iglesia, para cumplir su santa religión y para cumplir sus deberes, lo han acogido como el enviado de Dios, como el mismo Mesías, nada menos, y le han formado su comitiva de apóstoles y creyentes.

Mientras que los fieles sensatos e instruidos han estado tolerando el escándalo sufrido por semejante blasfemia y alucinación y por las irrisiones de las personas sin fe, siempre prontas en su mezquino criterio para aprovechar cualquiera ocasión de manifestar su falta de conocimiento y aprecio de las cosas y personas más dignas de universal veneración... ¿Cómo ha podido suceder esa contagiosa alucinación? Dios lo ha permitido para castigo de unos y humillación de muchos.

Todos somos bastante sensatos para descubrir cuándo alguien está en su sano juicio y cuándo lo ha perdido. Si entre vosotros se levantara un pobre campesino y os dijera seriamente: «Yo soy el rey de Inglaterra» y se rodeara de ministros a semejanza de ese rey, y se vistiera con un traje especial para manifestar esa dignidad... ¿habría alguna persona cuerda, una sola, que no viera la perturbación mental que ese pobre padecía? ¿No sucedería lo mismo si dijera que es el Padre Santo?

Y, sin embargo, hay quienes no han visto su perturbación mental porque el pobre enfermo no se ha imaginado ser un personaje de la Tierra, sino nada menos que el mismo Rey de los Reyes y Señor de los Señores.

Repito que los manicomios están llenos de cosas semejantes... ¿Y hay entre vosotros quienes se dejan guiar por alucinados?

Yo espero que vosotros, que habéis sufrido ante tal espectáculo, ayudaréis con vuestra caridad, con vuestras oraciones y con vuestros consejos a disipar esa contagiosa ilusión.

Os pido, por el amor de Dios y de nuestro hermano, que todos debemos tener, que hagáis todos, con vuestro párroco a la cabeza, todo esfuerzo para apartar del peligro a los que puedan caer en él, y por volver en sí a los que se han dejado alucinar.

Espero, por otra parte, que cuando las autoridades se hayan dado cuenta del mal, como os lo he indicado, pondrán pronto remedio para que se acabe del todo.

Os deseo paz y felicidad en el Señor.

José María Caro

1.

La pequeña plaza de piedra parecía flotar en la reverberación del mediodía ardiente cuando el Cristo de Elqui, de rodillas en el suelo, el rostro alzado hacia lo alto —las crenchas de su pelo negreando bajo el sol atacameño—, se sintió caer en un estado de éxtasis. No era para menos: acababa de resucitar a un muerto.

De los años que llevaba predicando sus axiomas, consejos y sanos pensamientos en bien de la Humanidad —y anunciando de pasadita que el día del Juicio Final estaba a las puertas, arrepentíos, pecadores, antes de que sea demasiado tarde—, era la primera vez que vivía un suceso de magnitud tan sublime. Y había acontecido en el clima árido del desierto de Atacama, más exactamente en el erial de una plaza de oficina salitrera, el lugar menos aparente para un milagro. Y, por si fuera poco, el muerto se llamaba Lázaro.

Era cierto que en todo este tiempo de peregrinar los caminos y senderos de la patria había sanado a muchas personas de muchos males y dolencias, y hasta había levantado de su lecho putrefacto a más de algún moribundo desahuciado por la ciencia médica. Requerido a su paso por enjambres de enfermos de toda índole y pelaje —sin contar la fauna de ciegos, paralíticos, deformes y mutilados que le traían en andas, o que llegaban a la rastra en pos de un milagro—, él los ungía y bendecía sin distingo de credo, religión o clase social. Y si por medio de su imposición de manos, o de una receta de remedios caseros a base de yerbas medicinales

—que también las daba—, el Padre Eterno tenía a bien restablecerle la salud a alguno de estos pobres desdichados, ¡aleluya, hermano!, y si no, ¡aleluya también! Quién era él para aprobar o desaprobar la santa voluntad del Omnipotente.

Pero revivir a un muerto era otra cosa. Era un arte mayor. Hasta ahora, cada vez que algún deudo se acercaba rogándole entre sollozos que tuviera la bondad de ir a su domicilio a ver si podía hacer algo por mi hijito fallecido durante el sueño, señor don Cristo; o que fuera a ungir a mi madre que acaba de morir carcomida por la tuberculosis, pobrecita ella; a veces insinuando pagarle la visita con alguna prenda que constituía una valiosa reliquia de familia, ya que él no recibía ofrendas de dinero; en todas esas ocasiones, y en tantas otras, el Cristo de Elqui solía repetir una frase, ya gastada como ficha de pulpería: «Lo siento mucho, querido hermano, hermana querida, lo siento mucho, pero el arte excelso de la resurrección es exclusividad del Divino Maestro».

Y eso les dijo a los patizorros enterrados que llegaron cargando el cadáver de un compañero de labores en los momentos en que él, lleno de gracia, disertaba sobre el poder diabólico que algunos inventos creados por el hombre ejercían en el espíritu de los católicos practicantes, y en cualquier persona creyente en Dios y en la Santísima Virgen. La cuadrilla de calicheiros irrumpió en medio de los oyentes llevando entre todos el cuerpo del finado, muerto a todas luces de un ataque al corazón, como le dijeron mientras lo tendían con cuidado a sus pies, en el suelo de tierra quemante.

Compungidos, agitados, hablando todos al mismo tiempo, los asoleados le explicaron que luego de almorzar la platada de porotos burros de los días jueves, cuando se dirigían en patota a la fonda a servirse un

trago para «pasar la tierra», sucedió la tragedia: su compañero, de súbito, agarrándose el pecho a dos manos, había caído al suelo como tocado por un rayo, sin alcanzar a decir ni ¡salud!

—Y aquí lo tiene, don —dijo uno de ellos—. A ver si usted puede hacer algo más que ese holgazán del practicante, que lo único que tiene en los anaqueles del dispensario es permanganato y tela emplástica.

En medio de la curiosidad de la gente, el Cristo de Elqui no se inmutó. Al contrario, con el tafetán morado de su capa a punto de arder por el sol, se quedó viendo al muerto con una mirada ausente, traslúcida, como si mirara un espejismo de sed en medio del desierto. Parecía estar luchando contra un dilema en extremo grave para su espíritu. Tras un instante que pareció eterno, en un gesto de infantil histrionismo, quitó la mirada del muerto, se cubrió la vista con ambas manos y abrió la boca para decir, con una pena infinita en la inflexión de su voz:

—Lo siento, hermanos míos, yo no puedo hacer nada; el arte excelso de la resurrección es exclusividad del Divino Maestro.

Pero los calicheros no estaban ahí para oír negativas envueltas en celofán de frases bonitas. Rodeándolo entre todos, casi tocándole las barbas de alambre, le reclamaron, le exigieron, le rogaron por Diosito Santo, señor don Cristo, que por lo menos lo intentara. Que no le costaba nada. Lo único que tenía que hacer era poner sus manos santas sobre el cuerpo de su amigo —como lo habían visto hacer esos días con los enfermos del campamento—, y rezar un par de avemarías o un padrenuestro. O lo que le saliera del alma. Él sabía mejor que ellos qué cosas decirle al anciano de arriba para convencerlo. Y a lo mejor, tal vez, quién decía si no pillaba a Diosito en su minuto de buena y terminaba

apiadándose de su compañero, hombre trabajador y esforzado como el que más, y que dejaba en este valle de lágrimas a una viuda, todavía joven, y a una chorrera de siete chiquillos. Imagínese, señor, siete críos, todos en escala real y menores de edad.

—El pobre chico Lázaro, de cuerpo aquí presente —habló otro, arrodillándose junto al finado y acomodándole las manos en cruz sobre el pecho—, se puede decir que era paisano suyo, don, pues lo mismo que usted, según hemos sabido por los diarios, nació en un caserío de la provincia de Coquimbo.

El Cristo de Elqui levantó la vista hacia el cielo de oriente. Por un momento pareció fascinado por una bandada de jotes que planeaba en lentos círculos fúnebres sobre la torta de ripios, detrás de la cual se alzaba el polvoriento cementerio de la oficina. Después, mesando su gran barba partida al medio, como pesando y sopesando lo que iba a decir, dijo en tono de disculpa:

—Sabemos dónde hemos nacido, hermanos, pero no dónde quedarán sepultados nuestros huesos.

Uno de los asoleados, el más corpachón de todos, que lucía un grueso lunar de carne junto a sus mostachos de manubrio, y que tenía todas las trazas de ser el capataz de la cuadrilla —el Zorro Gutiérrez le llamaban con respeto los otros—, se quitó el sombrero de trabajo de manera ceremoniosa y, enterado al parecer del amor enfermizo que profesaba el predicador al recuerdo de su madre muerta, insistió en tono compungido, mirándolo con sus ojillos de zorro de fábula:

—El pobre chico Lázaro, Maestro, ahí donde usted lo ve, además de haber sido un buen cristiano, un marido ejemplar y un papá cariñoso, era uno de esos hijos que aman a su madre más que a nada en esta Tierra. Él era el único sostén para su viejecita, a la que se había traído desde el sur a vivir con él.

Ésas fueron las palabras clave. El hombre que honraba a su padre y, sobre todo, a su madre, «reina y soberana del hogar», como predicaba y escribía en sus folletos, era digno de que sus días se alargaran en la Tierra. Además, el muerto se llamaba Lázaro. ¿No sería ésa una señal divina?

Se acercó entonces al cuerpo tendido en el suelo. Lo contempló un rato de pie. El muerto llevaba una enterrada cotona de trabajo, agria de sudor, un pantalón de diablo fuerte encallado por los cuatro costados y calamorros de doble suela. La piel de su cara, cuarteada por el sol y el viento salitrero, era como un fragmento de la reseca geografía de la pampa. Tendría la edad de unos cuarenta y cinco años, de pellejo moreno, pelo tieso y estatura baja; el inconfundible tipo de pampino que él había visto y tratado en tantos establecimientos salitreros, territorios que conocía de sobra, pues, además de recorrerlos predicando la buena nueva, siendo todavía un niño, mucho antes de que el Padre Celestial se llevara al cielo a su adorada madrecita, había trabajado un par de años en una oficina salitrera.

Al arrodillarse junto al cadáver, el Cristo de Elqui se dio cuenta de que el hombre no había muerto antes de entrar a la cantina, como decían sus amigos, sino al salir. El tufo a trago era manifiesto. Quizás cuántas botellas de ese vino gusarapiento, o de ese aguardiente asesino que fabricaban con alcohol industrial algunos pulperos canallas, le habían puesto entre pera y bigote estos calicheros desastrados. Pero qué diantre, así eran los pampinos. Eran hombres aguantadores y sufridos, de riñones poderosos y corazón grande como una casa, que merecían con largueza esos ínfimos momentos de holgura que les deparaba el precario placer de la ebriedad. Bien sabía el Padre Altísimo que el alcohol —y cuando no había alcohol, agua de colonia

inglesa— les ayudaba a soportar mejor el tedio y la soledad criminal de estos parajes infernales; la embriaguez les hacía más llevadera la explotación sin misericordia a que eran sometidos por la rapiña insaciable de sus patrones extranjeros.

El Cristo de Elqui llevaba varios días en Los Dones. Sus habitantes se habían portado como buenos samaritanos, sobre todo las mujeres, que cada día lo invitaban a comer o a tomar el tecito, a él y a sus dos apóstoles, dos cesantes endevotados en el puerto de Taltal. Dos desharrapados que aún no habían aprendido a persignarse —pese a llevar más de un mes acompañándolo— y comían como sabañones, fumaban como condenados al paredón y, a escondidas de su vista, creyendo que él no se daba cuenta, se huasqueaban tupido y parejo con sus buenos tragos de aguardiente.

Él, por su parte, que debía ser luz para el mundo, no fumaba ni bebía. Con un vaso de vino al almuerzo, como exhortaba en sus prédicas, era suficiente. Y apenas probaba la comida, porque entre mis pecados, que también los tengo, mis hermanos, nunca figuró la gula. Tanto así que a veces, por el simple motivo de que se olvidaba de hacerlo, se pasaba días completos sin ingerir alimentos. Y no sólo era frugal en el comer, sino que para no molestar demasiado a los dueños de casa donde lo amparaban, a veces prefería dormir en alguna de las bancas de madera bruta, los muebles más usados por los obreros, o simplemente se echaba como un perro en el suelo, junto a las tibias cocinas de ladrillos de las casas pampinas. Y siempre trataba de retribuir a las familias que lo acogían ungiendo a sus enfermos, dejando una palabra de consuelo y un par de sus folletos con sus máximas y sanos pensamientos en bien de la Humanidad. Y, por supuesto, sus recetas a base de yerbas medicinales para curar toda clase de dolencias, claro que sí.

Ante los ojos ávidos de los que esperaban ser testigos de primera línea de un milagro, el Cristo de Elqui, siempre arrodillado en el suelo, se secó la transpiración de la frente, acomodó su capa de tafetán y se subió las bocamangas de la túnica. Luego, en un estudiado golpe de teatro, puso una mano en la frente del muerto, elevó hacia el cielo la otra, donde llevaba atado el crucifijo de palo santo, y, de cara al sol, con los ojos cerrados, comenzó a clamar a Dios en voz alta, retumbante, que si era su santa y bendita voluntad, Padre Eterno, Padre Santo, Padre Celestial, se manifestara en todo su poder y, en nombre de su infinita misericordia, le devolviera la vida a su hijo Lázaro, le alargara sus días en la Tierra, pues, según testimonio de sus compañeros aquí presentes, se trataba de una buena persona y de un mejor cristiano, un hombre que había cumplido cabalmente con los más sagrados mandamientos divinos: se había ganado el pan con el sudor de su frente, amaba a su esposa y a sus hijos, y, por sobre todo, Padre Divino, honraba y protegía a su santa madre.

Era diciembre, a mitad de mes, el día parecía vaciado de aire y un sol blanco crepitaba en las calaminas de zinc. Sin embargo, la expectación de los curiosos era más fuerte que la canícula reinante y nadie quería dejar su sitio. Estaban a un costado de la plaza, frente a la pulpería.

Mientras el Cristo de Elqui oraba —a ratos haciéndolo en un idioma extraño, pues poseía el don de lenguas—, un silencio sobrenatural parecía haber caído sobre el mundo. Nadie oía el zumbido de los motores, el chirrido de las poleas, el sonido de los émbolos de la planta cercana; nadie oía los sonos del revolucionario corrido mexicano que emergía de la victrola de la fonda de la esquina. En ese instante el Cristo de Elqui, clamando de cara al cielo, en plena comunión con su Padre, era el centro del universo.